potro? Esto debió temer, y por no llegar á verse en tanta afrenta y tormento, pidió con instancia y lágrimas á Cortés que le quitase á puñaladas la vida, teniendo este Rey por mejor el acabar y morir á los filos de un acero, que vivir para ver afrentada en un potro su Majestad y corona. Pasemos de este castigo que dió el cielo á este idólatra Rey, al que padeció toda su grande ciudad y corte, y sea en otro capítulo por no dilatar mucho éste.

CAPÍTULO XIV.—*Prosigue la misma materia del capítulo pasado.*—1. Preso el Rey de México y veinte de los principales de su Corte, quedó la ciudad sin gobierno, sin concierto y sin órden, y así como todos los miembros de un cuerpo tienen aliento y vida del alma que los anima, y faltando ésta todos ellos desfallecen, así todo un reino sin un Rey, toda una República sin Gobernador, y todo un ejército y sus soldados sin su guía y capitan. Habiendo pues quedado todos los mexicanos sin Rey, sin Gobernador y Capitan, de tal suerte desfallecieron, que á todos se les cayeron las armas de las manos, y viéndose de los españoles conquistados y vencidos, todos se les rindieron y sujetaron humildes. Entraron en la ciudad y á cada paso que daban crecia la admiracion y espanto, porque eran tantos los cuerpos muertos y cabezas de indios que encontraban, que apénas hallaban por donde andar sin pisarlos. Las lagunas, las acequias y calzadas, las plazas, calles y casas, estaban llenas de indios y de indias y muchachos muertos y corrompidos, unos á los filos y aceros de las espadas y lanzas, otros á las ardientes violencias de trabucos y mosquetes, y otros á las tiranas crueldades de la sed y del hambre, porque fué ésta tan grande en los noventa y tres dias que los tuvieron cercados sin agua y sin bastimento alguno, que habiéndose comido las yerbas que habia brotado la tierra, de sus entrañas sacaban sus raíces duras y secas, para mantener la vida y para dilatarla algo, hacian vianda y plato de las duras cortezas de los árboles y troncos. Y cuando aprisionaban á algunos de los indios tlaxcaltecos sus contrarios y enemigos, ó de los soldados españoles, incitados del hambre y del rencor que les tenian, á bocados se los comian, deseando satisfacer su canina hambre y sed, crueles como inhumanos con sus carnes y su sangre. Como eran tantos los cuerpos y estaban ya corrompidos, era tanto el mal olor y tan grande la hediondez que no la podian sufrir, y

temieron apestarse y todos perecer con ellos. Para obviar este peligro, procuraron diligentes que los vivos enterrasen á sus muertos, aunque todos ellos estaban tan flacos, secos y pálidos, que parecia que eran esqueletos de los muertos, ó una sombra de la muerte con movimientos de vivos. Y para que en tanta desdicha no acabasen de morir, les mandaron que saliesen de la ciudad á gozar de los saludables aires, buenas aguas y alimentos en los pueblos circunvecinos. Este fué el castigo que experimentaron estos protervos idólatras y altivos indios de México: veamos el que dió el cielo á sus ídolos y dioses.

2. Entre los grandes asaltos que dieron á la ciudad los valerosos españoles, fué el que dieron al encumbrado y alto Cu, oratorio ó casa de los ídolos más célebres que adoraban los mexicanos, y aunque era tan grande como ya se dijo, tan alto y fuerte que estaba murado con dos grandes cercas y á él se subia por ciento catorce gradas, por él rompiendo estos valientes héroes entraron y subieron haciéndose lugar y abriendo camino entre los muchos indios que armados lo guardaban á fuerza de brazos y fuertes estocadas, llegaron victoriosos á su eminente cumbre, donde hallando mucha variedad y diferencia de ídolos de todos metales de oro y plata, de hierro y barro, y las dos célebres y agigantadas estatuas de los dos grandes ídolos Huichilogos y Tescatecupa, adornadas y vestidas sus espantables figuras de ricas preseas y preciosas piedras, que puestos en sus altares adoraban como á dioses, abrasados con el fuego de su católico celo, embistieron con ellos, y de los altares tirándolos al suelo con desprecio, haciéndolos pedazos, los deshicieron á todos. Y para que de ellos no quedase rastro, ni memoria alguna, les pegaron fuego, y en vivas llamas ardiendo las estatuas, los ídolos, oratorio y casa, en breve la actividad de este voraz elemento, vengando la injuria que en ellos habian hecho á su Criador los idólatras, los redujeron á todos en ceniza y polvo, que entregadas al aire, despareció el viento, enarbolando triunfantes en aquella eminencia los soldados cristianos sus banderas católicas con la Cruz de Cristo á pesar de sus contrarios, del demonio y del infierno....."

CAPITULO IV

Cómo se introdujo el cristianismo en la Diócesis de Oaxaca, y su propagacion hasta el año de 1700.

La religion católica fué conocida en Oaxaca poco tiempo despues de la entrada de Hernan Cortés en la capital de México; pero la creencia en el verdadero Dios y demás verdades reveladas, no se arraigaron en el pueblo indígena sino muy lentamente. Los conquistadores despojaban á los indios de sus viejos simulacros, reduciéndolos á polvo si eran de barro, ó llevándolos consigo si estaban formados de algun precioso metal; mas estas violencias, hijas del mejor deseo, aprovecharon poco para arrancar de los corazones de los conquistados el apego á la supersticion é idolatría en que siempre habian vivido, continuando muchos idolatrando en secreto, aun despues de haber recibido el santo Bautismo.

Por otra parte, tuvieron que trascurrir no pocos años ántes que un número suficiente de misioneros lograra establecerse en la que fué despues Diócesis de Antequera, y aun entónces, tuvieron que luchar con graves dificultades, como la extremada fragosidad del terreno, la variedad de climas y la multitud de razas distintas unas de otras por el orígen, idiomas, hábitos, etc., que forman hasta hoy un cuerpo, digámoslo así, heterogéneo y sin otro lazo de union que el de las creencias religiosas.

La Sierra Madre, que en Puebla y México eleva sus picos á inmensa altura, se abate y extiende en el Obispado de Oaxaca, ocu-

pando casi toda su extension. Se encuentran pocos y estrechos valles y se suelen ver en la cumbre de las montañas los hermosos planos á que los geógrafos dan el nombre de mesas.

Desde las costas del Pacífico se sube gradualmente hasta una altura de 4,000 metros sobre el nivel del mar, para bajar en seguida hasta las aguas del seno mexicano. Esta diversidad de alturas y la situacion geográfica de Oaxaca en la zona tórrida, como tambien los vientos que soplan de los dos mares, hacen que en su territorio se encuentren todos los climas, desde el más frio al más caliente, desde el más húmedo al más reseco, predominando el primero en la costa del Golfo y el segundo en el lado del Pacífico: hay por consiguiente en el territorio, debido á esta variedad de condiciones climatológicas, todos los ricos y múltiples productos de flores y frutos; pero en cambio la salud y la vida del hombre están siempre sujetas á ruda prueba en algunos lugares, principalmente en las costas.

Se hablan en Oaxaca, además del castellano, los siguientes idiomas: enicateco, serrano, mixteco, mije, zapoteco, netzichu, chocho, chontal, mazateco, chinanteco, chatino, mexicano, amusgos, huave, tehuantepecano, zoque y triqui.

El primer sacerdote que pisó la tierra oaxaqueña fué Juan Diaz, quien acompañó á Francisco de Orozco en la expedicion á Oaxaca. "El ejército español, dice Burgoa,[1] no trajo más sacerdote que un padre clérigo, de ánimo y de buen espíritu, por capellan, y deciales misa cuando habia oportunidad, y la primera que dijo en este valle fué estando alojado el campo despues del rio en la ladera del cerro que llaman de Chapultepec, donde se pobló despues Santa Ana,[2] y se hizo una enramada y se puso el altar portátil debajo de un árbol grande, que echa unas vainillas muy coloradas, y dentro una semilla de malísimo olor, y muy caliente: cómenla por regalo los indios con el agua de chile y llámanla los mexicanos Guaxe,[3] y por

1 2ª. parte, Dic. Geog., cap. 37.

2 El 25 de Noviembre de 1521 llegó Orozco al valle de Oaxaca, ocupando los terrenos del que hoy se llama pueblo de Santa Anita, situado en la márgen derecha del Atoyac y sobre la falda septentrional del monte Alban, cerca del otro pueblo que tambien llaman San Juanito.

3 "En el lugar de esta acacia se levantó por el año de 1826 una ermita que aún

esta planta y primer plaza que ocuparon, pusieron á esta ciudad, siendo villa, nombre de Guaxaca, y despues Antequera y Ciudad, por lo que se parece en el sitio y vecindad á la noble de Andalucía: y con esta ocupacion de decir misa y confesar á los soldados tenia el buen sacerdote satisfecha á su obligacion, sin tener lugar, él ni otro, de entrar por los pueblos á predicar, ni enseñar la doctrina para bautizar los indios; y en parte fué conveniente, para que perdiesen el miedo y terror con que miraban á los huéspedes."

En las dos expediciones que hizo D. Pedro de Alvarado á Tututepec por el valle de Oaxaca, fué acompañado del venerable religioso Fr. Bartolomé de Olmedo, y en el segundo viaje con otro sacerdote que habia llegado con la escuadra de Garay,[1] segun dice Bernal Diaz. Es muy probable que aquel prudente religioso, muy celoso del cumplimiento de su deber, procurase la conversion de los indios y recogiese de sus trabajos algun fruto; pero se ignora cuánto haya sido éste: sólo se tiene la noticia de que Cocijoeza, rey de Zaachila, fué lavado por las aguas del Bautismo. Fr. Bartolomé estuvo además en la costa del Norte, sirviendo de capellan en alguno de los cuerpos destinados á la pacificacion de los

existe, situada á la orilla del camino nacional y á corta distancia de la garita de Xoxo.

"La misa se celebró el mismo dia 25 de Noviembre de 1521, entre diez y once de la mañana. El recuerdo de esta gran ceremonia lo solemnizaba el clero con una funcion anual que hacia en el templo de San Juan de Dios, llamado primitivamente Santa Catarina, porque el dia de la fiesta de esta Santa fué el de la llegada de los españoles. Destruido este templo por el terremoto de 1603, continuó celebrándose el aniversario en el templo de la Merced, pero trasfiriéndose la funcion religiosa al 8 de Julio, octava de San Marcial, patrono de Oaxaca. Una vez reedificado el templo de San Juan de Dios, continuó el Cabildo eclesiástico celebrando en él cada año aquel acontecimiento con una misa solemne.

"En tiempo del gobierno español las autoridades civiles y religiosas, y con especialidad los preciados de caballeros y mucho pueblo, despues de la funcion religiosa sacaban en triunfo por las calles un banderon viejo, que era el pendon Real con que habia sido agraciada la ciudad..... Hoy sólo queda como recuerdo de la ocupacion de Oaxaca por los españoles, la costumbre entre los maestros de escuela de dar asueto á sus discípulos el dia 25 de Noviembre, y éstos de obsequiar á sus maestros plumas adornadas, flores artificiales, etc., en cambio de fruta y baile con que son correspondidos."

Martinez Gracida, obra cit., cap. 54.

1 En el primer viaje tambien le acompañaron el clérigo Juan Diaz y el diácono Aguilar.

netzichus y mijes: entró en las sierras de estos indios y trabajó con su acostumbrada actividad, en predicar y enseñar los artículos principales de la fe, logrando bautizar cosa de quinientas personas; pero ya en este tiempo le acosaban las enfermedades y los años, los caminos le fatigaban mucho y no permaneció largo tiempo en esas provincias.[1]

Consta que en 24 de Abril de 1522 Fr. Bartolomé de Olmedo llegó con Alvarado á Tehuantepec, cuyo monarca Cosijopü, nieto por línea materna del Emperador de México, Moctezuma, los recibió en términos afables, convirtiéndose á la fe católica, y años despues construyó á sus espensas el convento de Santo Domingo en aquel lugar.

Aparte de estos sacerdotes se sabe que en la villa de Oaxaca, para el ejercicio del culto entre los vecinos, residia permanentemente otro, cuyo nombre se ignora, quien edificó el primer templo, bastante humilde en verdad, pues era de paja, pero que sirvió de Catedral al primer Obispo de Antequera. Burgoa da alguna luz para conocer el sitio que ocupó: por las señales que indica se reconoce con claridad el templo de San Juan de Dios, "ahora en ruina, y que siquiera por su venerable antigüedad deberia haberse reparado."[2]

Torquemada dice[3] que los franciscanos recorrieron la provincia de Zapotecas, enseñando la fe aun en Tehuantepec, siendo en consecuencia del número de los primeros sacerdotes que admiraron la magnificencia de los palacios de Mitla, de que da alguna noticia. Semejante aseveracion no es del todo improbable, pues segun el P. Gay, desde 1524 en que los franciscanos llegaron á México con el Padre Valencia, hasta 1528, en que fueron á Oaxaca los domí-

1 Bernal Diaz, c. 169.

2 Gay, t. I, cap. XII. Desde nuestra llegada á la Diócesis tuvimos el mayor empeño en recuperar del Gobierno el templo de San Juan de Dios. Secundados nuestros esfuerzos por algunos vecinos principales de la ciudad y el pueblo católico, logramos que se cediera para el culto, y desde luego se procedió á reconstruir el edificio. Debido á la caridad de los fieles y muy particularmente á la actividad, celo y generoso desprendimiento del Sr. D. Andrés Portillo, la obra está para terminarse y se ha cuidado de dar al edificio el carácter de las basílicas antiguas, fijando en sus paredes por medio de la escultura y la pintura, los recuerdos más gloriosos de la Diócesis de Antequera.

3 Lib. 3. c. 29 de su Monarquía Indiana.

nicos, tiempo hubo para que los primeros prolongaran sus viajes apostólicos hasta los Zapotecas, de quienes se sabia que eran numerosos, y que los principales se mostraban dóciles á los españoles.

Entre los primeros misioneros que sin duda alguna evangelizaron los pueblos zapotecas, fueron los domínicos. Fr. Domingo de Betanzos, superior de los religiosos de la Orden de Predicadores que llegaron á México, deseoso de enviar obreros apostólicos á Oaxaca, se acercó á Cortés, haciéndole presente la desgracia de los indios sepultados en los vicios y errores de la idolatría, de que no podrian librarse fácilmente, ya por sus idiomas que eran difíciles, ya porque vivian retirados en sus montañas, léjos del comercio y trato de los pocos españoles que se habian establecido en el valle de Oaxaca proponiéndole la mision de religiosos de su Orden, quienes con el auxilio de la predicacion convirtiesen al cristianismo aquella numerosa gentilidad, para lo que le pedia su proteccion. Cortés aceptó gustoso la proposicion, escribiendo cartas de recomendacion á los vecinos de la villa, en que suplicaba fuesen los religiosos acogidos con agrado. Debe haber acontecido esto en el año de 1527, poco ántes de la marcha á España de Hernando Cortés; mas por varias causas, los religiosos no se dirigieron á Oaxaca, sino hasta el siguiente de 1528. Fr. Gonzalo Lucero, sacerdote, y Fr. Bernardino de Minaya, diácono, fueron los señalados para poner los primeros fundamentos de la que más tarde fué la importante Provincia de San Hipólito de Oaxaca.

Cuando estos dos religiosos llegaron á la villa de Antequera, presentaron á los principales vecinos las recomendaciones de Cortés y, en consecuencia, fueron recibidos con agrado. En su obsequio, los representantes de la villa pidieron al capellan de la única Iglesia de paja que se habia levantado, les diese allí un abrigo, como en efecto lo hizo, señalándoles para habitacion una parte de la estrecha sacristía, por falta de otro mejor local. En aquel pequeñísimo convento se dedicaron los dos frailes á la observancia escrupulosa de las constituciones y reglas de su instituto, usando del templo de San Juan de Dios para sus oraciones y penitencias, así como para las pláticas que frecuentemente hacian al pueblo.

Entretanto, á México habian llegado unos religiosos domínicos,

y uno de ellos, Betanzos, nombrado superior de otros tres, logró acompañar á D. Pedro de Alvarado hasta Guatemala. A su paso por Oaxaca dió á Lucero saludables instrucciones, indicándole que se dirigiese á México para pedir al Superior la aprobacion de lo hecho y procurar la venida de nuevos operarios. Así lo hizo Lucero, despues que en 1628 el Ayuntamiento de Oaxaca le concedió sitio amplio en la ciudad para fundar convento é Iglesia de su Órden.

Luego que los religiosos domínicos recibieron la donacion de los solares, convocaron á los indios mexicanos, súbditos del Marqués del Valle, suplicándoles les prestasen su ayuda en la edificacion de su convento. Con ellos, el diácono Minaya abrió los cimientos, amasó el barro con sus propias manos, llevó sobre sus hombros los adobes, levantó los muros y fabricó, en fin, el templo y la casa que deseaba. Aquel primer convento, situado en el lugar que ocupó el que se conoció con el nombre de San Pablo, quedó irregular y poco seguro por la falta de pericia del diácono director.

Miéntras Minaya trabajaba en el edificio material, Lucero discurria por los pueblos de indios zapotecas y mixtecas, evangelizando á los que hablaban mexicano, y aprendiendo diligentemente los idiomas del país, sin perder de vista á los españoles, predicando y confesando casi en su totalidad á los habitantes de la Villa. Cuando le pareció oportuno se dirigió á México acompañado de Minaya, dejando en su lugar uno de los frailes que Betanzos habia sacado de la Capital para su excursion por Guatemala.

Entre las medidas que adoptó el Rey para el gobierno de la Nueva España, fué enviar á México una Audiencia formada por hombres prudentes, inteligentes y virtuosos, cuya presidencia se confirió á D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, Obispo de la Española. Este personaje, obligado por su amor á la justicia y á la humanidad, emprendió viaje á Oaxaca para remediar los abusos que viese y ordenar el gobierno de la Provincia. El lugar le pareció á propósito para residencia de un Obispo, que luego pidió al Emperador, y juzgando que su proposicion seria bien recibida, señaló el sitio en que deberia levantarse la Iglesia Catedral. En efecto, el Obispado fué erigido por Paulo III en 21 de Junio de 1535.

En España se comprendia la necesidad de erigir nuevas sillas

episcopales, pues era demasiado extenso el territorio de la Nueva España para que dos Obispos solos, el de México y el de Puebla, pudiesen atender á todas las necesidades; pero la mirada del Rey no se habia fijado en Oaxaca para centro de la Diócesis, sino en Goatzacoalcos. Así es, que entre las instrucciones que dió á su embajador en Roma, una de ellas era que significase al Pontífice que "haciendo muchos dias que habia mandado poblar de cristianos la Provincia de Guazcalco, y hasta ahora no se habia proveido Prelado en ella: por la relacion y confianza que tenia de la vida y méritos de Fr. Francisco Jimenez, de la Orden de San Francisco, y que haria mucho fruto en la conversion de los indios naturales de aquella Provincia, así por su buena doctrina, como por la experiencia que tenia de sus calidades y condiciones: y para que en ello hubiese mejor aparejo, le presentase á Su Santidad en su nombre para Obispo de aquella Provincia, con los límites que por entónces y para adelante se señalasen por su persona Real ó por el Supremo Consejo de Indias, con facultad que los límites de él se pudiesen alterar y mudar cuando y como adelante pareciese convenir," encargándole además que "procurase que en el despacho de las Bulas hubiese brevedad." Se despachó la Bula por el Sumo Pontífice el 14 de Enero de 1534, erigiendo el Obispado de Oaxaca y nombrando por su primer Obispo á Fr. Francisco Jimenez, quien, porque no aceptó, ó porque murió ántes que le llegasen las Bulas, no llegó á consagrarse. Tal vez el Obispado se confirió con el nombre de Goatzacoalcos.

Cuando el Illmo. Sr. D. Juan Lopez de Zárate entró en su Diócesis, encontró que otros operarios habian comenzado á desmontar el terreno en que él deberia plantar la celestial viña. Betanzos regresó de Guatemala á principios de 1531, y dejando en Oaxaca dos de sus religiosos, marchó á México. En ese tiempo Lucero habia permanecido en la Capital de la Nueva España, obligado por el precepto de sus superiores, y hasta 1533 no vió por segunda vez la Villa Zapoteca. Era tan general y excelente el concepto que habia logrado este religioso, que cuando se supo en Oaxaca su aproximacion, el Ayuntamiento en cuerpo y casi todos los vecinos salieron á su encuentro, manifestando al verlo, que se honraban con llevar á sus labios los harapos que vestia.

El convento edificado dos años ántes estaba bien conservado por la solicitud de los vecinos, pues los dos frailes que habia dejado Betanzos, al saber que éste marchaba á Roma, habian salido en su seguimiento. El 7 de Noviembre de 1533 los Alcaldes, el Alguacil mayor y algunos Regidores dieron dos solares, agregándolos á los doce cedidos con anterioridad á los Padres domínicos, á fin de que ampliasen su templo. Lucero construyó entónces seis celdas de dos varas y media en cuadro para habitacion suya y de tres compañeros, y reasumiendo su antigua vida, comenzó de nuevo á evangelizar á los pueblos.

A solicitud de Cortés, se establecieron algunos domínicos en Etla, edificando iglesia de paja, como entónces era posible, en lo más fértil del pueblo que se llama Natividad, como quinientos pasos abajo de la actual. En Tlacochahuaya y en Teotitlan del Valle se oyó tambien esta vez la voz del cristianismo. Lucero llegó en algunas de sus correrías hasta la Villa Alta. Los esfuerzos principales del ardiente misionero se dirigian á la conversion de los indios; pero, aunque algo hubiese adelantado en el conocimiento del idioma zapoteco, aún no podia hacerse entender con perfeccion, lo que le obligaba á buscar otros medios de conseguir su intento. Con trazos no muy delicados, pues jamás habia tocado los pinceles, pintaba los principales misterios de la fe, exponiéndolos despues á la vista de los indios. Llevaba en sus misiones el cuidadoso predicador una esfera, cuya novedad causaba mucho contento á los indios, y la explicacion de lo que representaba mucho provecho. Dábales á entender cómo el sol y los demás planetas no hacen más que lo que Dios les manda, y les manifestaba cómo toda la máquina de los cielos y tierra está sujeta á que en un momento la deshaga Dios, como la hizo. Mostraba en segundo lugar sus lienzos pintados y explicaba á los curiosos los principales misterios de la fe católica.

Al inconveniente de la ignorancia de los diversos idiomas oaxaqueños se agregaba la escasez de sacerdotes, que imponia al religioso la obligacion de recorrer los pueblos sin detenerse en alguno. Es verdad que sus costumbres puras y severas, su templanza, desinteres, incansable actividad, mansedumbre y dulzura, no podian ménos que conmover á los indios. Mas como, á pesar de todo, apé-

nas entendian lo que aquel religioso les decia, su predicacion más bien puede llamarse una preparacion al Evangelio que el Evangelio mismo. En estos ejercicios perseveró hasta el año de 1535 en que regresó á México para la eleccion de Vicario Provincial. En esta vez fué destinado á la Mixteca, sustituyéndole en Oaxaca Fr. Tomás de San Juan, que se hizo famoso en ese tiempo por su devocion al rosario.

Disputábanse entónces los frailes las ventajas en las penitencias y virtudes propias de su estado, en la modestia, humildad, suavidad en las palabras, valor en el sufrimiento y presteza para acudir al socorro de las necesidades de sus semejantes: con estas armas llegaron los domínicos en 1538 á Tehuantepec. El Rey Cosijopü habia ya abrazado el cristianismo, siendo probable que otros muchos imitasen su ejemplo. Algunos sacerdotes habian estado allí de paso, como Fr. Bartolomé Las Casas, Fr. Luis Cáncer, los Padres Minaya y Angulo, quienes predicaron el Evangelio; pero no habiendo permanecido mucho tiempo entre aquellos indios, la semilla de la divina palabra no produjo todo el fruto que fuera de desear. Los primeros que residieron en Tehuantepec con el carácter de Vicarios, fueron Fr. Gregorio Beteta y Fr. Bernardo de Alburquerque.

No era menor la actividad que desplegaban los religiosos por la Mixteca: habia convento en Yanhuitlan, pues el Vicario de esta casa, Fr. Dionisio de Rivera, dió el hábito, á 6 de Enero de 1544, á Fr. Dionisio de la Anunciacion, y poco despues á Fr. Vicente de San Pedro. Los primeros que predicaron el Evangelio allí, segun dice Burgoa, fueron Francisco Marin y Pedro Fernandez, frailes domínicos: comenzaron por Acatlan sus excursiones apostólicas, se detuvieron algun tiempo en Chila y penetraron despues á Yanhuitlan. Siendo insuficientes estos religiosos, á instancias del Señor Obispo de Zárate, y de acuerdo con el Virey, se dirigieron al mismo lugar otros dos frailes, Domingo de Santa María y Gonzalo Lucero.

Fr. Domingo vino á México deseoso de adquirir riquezas; pero movido por un sermon que oyó al V. P. Betanzos, cambió de propósito y recibió el hábito religioso. En las Mixtecas residió un año discurriendo por los pueblos en solicitud de los indios. Aprendió

con perfeccion el idioma, y más adelante dió á la prensa un diccionario que utilizaron sus sucesores. Fijó su residencia con Fr. Pedro Fernandez en el pueblo de Yanhuitlan, que tenia entónces doce mil familias.

El primer cuidado de estos sacerdotes, despues del que les inspiraba la conversion de los infieles, fué el de edificar un templo en que adorar al verdadero Dios, y reunir al abrigo del sol á los neófitos que trataban de instruir en las reglas de la vida cristiana. Obtenida la licencia del Vicario Provincial y el consentimiento del Virey, pusieron manos á esta obra.

No era menor el ardor que desplegaba Fr. Gonzalo Lucero. Para comprender el género de vida que acostumbró al cumplir la mision que le confiaron sus superiores en órden á las Mixtecas, es preciso echar una mirada á los innumerables pueblos que él primero y despues otros convirtieron al cristianismo. El vasto país de las Mixtecas estaba entónces muy poblado por muchos miles de idólatras, obstinados en sus errores y apegados á sus antiguos vicios. Todo el que conozca la naturaleza del hombre podrá medir en toda su magnitud la firmeza con que se adhiere el corazon á las creencias religiosas de la infancia, tanto más queridas cuanto más favorecen las pasiones: enormes eran las dificultades que Lucero debia superar. Sin embargo, Fr. Gonzalo, sin armas ni poder alguno humano, persuade á casi todas las Mixtecas que rompan sus tradiciones, despedacen sus ídolos, abandonen sus costumbres libres y adopten la severa ley cristiana. Su residencia habitual fué Tlaxiaco, en donde lo sepultaron. Su muerte fué sentida y llorada generalmente, y el Señor se dignó, al parecer, dar una prueba de que sus obras le habian sido aceptas, pues dos años despues de su inhumacion se encontró el cadáver íntegro y fresco, como en el dia de su santa muerte.

Nombrado Obispo el Illmo. Señor Zárate, aumentaron los ministros del Evangelio y se procedió á formar las parroquias, dando á cada una su pastor: Ocotlan, Villa Alta, Cuilápan y Achintla, fueron las primeras agraciadas.

En la Mixteca progresó rápidamente el cristianismo, debido al natural dócil de los indios, como al celo infatigable de los excelentes predicadores que la Providencia les deparó. Al célebre Lu-